

XLIII

COMPIÈGNE

El emperador inauguró en el palacio de Compiègne, en diciembre de 1852, las permanencias calificadas de *series*, que tanto ruido debían hacer, y para las cuales iban á ser tan buscadas las invitaciones como lo fueron las de Luis XIV en Marly. Desde 1853 hasta fines de su reinado, Napoleón III se pareció más bien, durante sus permanencias en Compiègne, á un gran señor recibiendo en un castillo á sus convidados, que no á un soberano rodeado de los prestigios del trono; pero quiso que su primera residencia en un palacio ilustre fuera señalada por un fausto majestuoso. Desde el principio del Imperio mostraba empeño en acostumbrar los ánimos otra vez á las pompas monárquicas, y por otra parte, regocijábale presentarse con toda la ostentación del poder supremo á los ojos de la joven que su corazón había elegido. El viaje se retardó algunos días, pues el emperador quiso esperar á que la señorita de Montijo se restableciera del reuma que la aquejaba.

La llegada al palacio tuvo un carácter solemne. Era el sábado 18 de diciembre de 1852; el tiempo, algo lluvioso, se había aclarado de pronto y veíase brillar un sol magnífico — un sol de Austerlitz, como se complacían en decir los cortesanos, — cuando á las tres de la tarde la campana del Hotel de Ville y los cañones de la artillería de la guardia nacional anunciaron que el tren imperial acababa de entrar en la estación de Compiègne. Todas las campanas de las iglesias comenzaron á repicar, y á esta señal, la multitud se dirigió, apiñada y compacta, hacia las calles que el cortejo debía seguir. En el momento en que el soberano se apeaba del tren, el alcalde, M. Deversón, le dijo: «Señor, al emperador, vuestro tío, le agradaba Compiègne, que colmó de beneficios, y con frecuencia visitaba el palacio, que fué restaurado y embellecido bajo su reinado glorioso. Séanos permitido, señor, fundar sobre este recuerdo la esperanza de que nos será lícito saludar á menudo con nuestras aclamaciones la presencia de V. M. en nuestros muros.» Después de algunas palabras de agradecimiento, Napoleón III avanzó por la estación, donde sesenta jóvenes vestidas de blanco y adornadas con una ancha cinta de seda verde á manera de banda, se habían reunido para darle la bienvenida. Una de ellas, la señorita Deversón, sobrina del alcalde, dirigióle un discurso y le ofreció flores. El emperador montó después á caballo, con su numeroso estado mayor, y en el momento de salir de la

estación, la decana de las vendedoras del mercado le recitó unos versos escritos por M. Alfonso Marcel para aquella ocasión.

Los guardias nacionales de Compiègne y de los alrededores formaban la fila de la derecha y las tropas la de la izquierda; el soberano las pasó revista y después hizo su entrada en la ciudad: en el puente del Oise se había levantado un arco de triunfo. Franqueado el puente, y una vez atravesada la plaza del Hotel



Palacio de Compiègne

de Ville, el emperador llegó á la iglesia de Santiago. El obispo de Beauvais, que le esperaba en el pórtico, le dijo: «Apenas proclamado emperador en París, habéis dirigido vuestros pasos hacia la basílica de Nuestra Señora y hacia el asilo del sufrimiento, y hoy, antes de entrar en este palacio que tantos recuerdos evoca, V. M. quiere inclinar su frente ante el Rey de los reyes, de quien dependen todos los imperios.» Napoleón III contestó: «Monseñor, deber mío es apelar á las oraciones para cumplir la misión que tengo en esta tierra. La oración es prenda de las bendiciones del cielo, y por ella y por el alivio de las clases que sufren alcanzaremos el fin á que todos debemos aspirar.» Al salir de la iglesia, el emperador volvió á montar á caballo y prosiguió su marcha, resonando las aclamaciones por todas partes.

En la plaza del castillo la multitud era tan compacta, que las corporaciones, alineadas bajo sus estandartes, no podían conservar la fila ni las distancias. Los soldados veteranos del primer Imperio iban casi desbandados, cuando se

oyó la voz de un jefe, y en el mismo instante los intrépidos veteranos se reunieron. M. Sezille, cura de Beaulieu, fué quien, por una súbita inspiración, acababa de constituirse en jefe de la antigua falange. Este venerable eclesiástico, que fué condecorado al día siguiente, era un antiguo sargento que en los ejércitos de Napoleón I había hecho nueve campañas, siendo herido cuatro veces.

Ningún palacio se presta mejor para la entrada de un soberano que el de Compiègne, con su fachada flanqueada de dos pabellones, sus dos alas unidas entre sí por una columnata de orden jónico, coronada de una galería á la italiana que forma terrado; su verja de precioso trabajo, su vasto patio de honor y un cuerpo de edificio central adornado de un balcón de piedra y sobrepuesto de un frontis esculpido que representa la caza de Meleagro.

El soberano atravesó todo el patio de honor, apeóse del caballo, recorrió en el piso bajo la sala de las Columnas, donde se hallan las estatuas en mármol de l'Hopital y Aguesseau, subió por la gran escalera, entró en la sala de los Guardias, adornada de bajos relieves que representan los triunfos de Alejandro, y penetró en sus habitaciones. Su aposento era el que había servido de despacho á Luis XV y de alcoba á Napoleón I, á Luis XVIII, á Carlos X y á Luis Felipe. El lecho es de pilastras de madera dorada, con el cielo en forma de tienda de campaña sostenida por lanzas. El aposento está situado entre otros dos, uno de los cuales era el despacho de Napoleón III y el otro la sala del Consejo de ministros. El primero, que había servido también de despacho al emperador, se reprodujo muy exactamente en una de las principales decoraciones de *Madame Sans-Gêne*, de Victoriano Sardou. Por desgracia, los estantes de su biblioteca están ahora vacíos, pues se tuvo la deplorable idea de retirar todos los volúmenes para trasladarlos á la Biblioteca nacional. Se ha puesto bajo un fanal el único que fué respetado; es un libro contra el cual chocó una bala prusiana cuando la invasión de la ciudad, en 1814. Por lo que hace á la sala del Consejo, antigua alcoba de Luis XVI, aún se ve una gran mesa redonda, cubierta de un tapete de terciopelo verde, alrededor de la cual sentábanse los ministros de Napoleón III. Estas tres piezas — despacho, alcoba del emperador y sala del Consejo — dan al parque, como todas aquellas comprendidas en las que se llaman grandes habitaciones del castillo, y sus ventanas forman parte de aquella fachada del parque, muy regular y de aspecto imponente, que se desarrolla en una longitud de doscientos metros. Los bajos corresponden al primer piso de los edificios del patio de honor.

Antes de comer, el emperador encontró á sus convidados reunidos en el salón de los Mapas, así llamado porque á guisa de tapices contiene tres mapas inmensos del bosque de Compiègne. Además de la condesa de Montijo y de su hija, los principales convidados eran el príncipe Napoleón, la princesa Matilde y el príncipe Murat; lord Cowley, embajador de Inglaterra, con su señora; el mariscal de Saint-Arnaud, ministro de la Guerra; M. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros; el conde de Persigny, ministro del Interior, con su es-

posa; el marqués de Valdegamas, ministro de España; el duque de Monchy; el general príncipe de la Moskowa, padre de la condesa de Persigny; el marqués y la marquesa de Padua, el barón y la baronesa de Pierres, el marqués y la marquesa de Las Marismas, y la marquesa de Contades, hija del mariscal de Castellane. El emperador habló unos momentos con varios de sus convidados, y después todos pasaron á la galería de las fiestas para comer. Esta galería, donde siempre se comió durante la series de Compiègne, fué construída por Napoleón I, y sus pinturas son de Girodet. El techo, de forma abovedada, descansa en veinte columnas de estuco con capiteles dorados, y el conjunto de esta gran sala presenta un aspecto magnífico. Después de comer volvieron los comensales al salón de los Mapas, donde todos se reunían antes de sentarse á la mesa y adonde volvían después de comer; entonces se hablaba, representábanse charadas, ó se bailaba al son de un piano mecánico que solamente tocaba tres cosas, un rigodón, un vals y una polca: un chambelán, y hasta con frecuencia un personaje de mayor importancia, daba vueltas al manubrio.

Mientras que el emperador y sus convidados pasaban la noche del 18 de diciembre de 1852 en el salón de los Mapas, toda la ciudad de Compiègne estaba de fiesta; una inmensa multitud circulaba por plazas y calles, los edificios públicos y muchas casas estaban iluminados, y las corporaciones obreras daban un gran baile en el teatro de la ciudad.

El día siguiente, 19 de diciembre, era domingo. El emperador oyó misa en la capilla del castillo, construída por Luis Felipe con motivo del casamiento de su hija mayor, Luisa, con el rey de los belgas Leopoldo I. A la izquierda de la sala de los Guardias hay un aposento designado con el nombre de salón de la Capilla, adornado con tapices de los Gobelinos que representan el «Milagro de la Misa, Heliodoro expulsado del templo,» copia de Rafael, y la «Batalla de Constantino contra Majencio,» de Julio Romano; este salón se comunica con la tribuna de la capilla, y aquí permanecía el emperador durante los divinos oficios. La condesa de Montijo, su madre y otras varias personas se colocaron en dicha tribuna. Enfrente, sobre el altar, hay unas grandes vidrieras pintadas por Ziéglér, según los dibujos de la princesa María, hija del rey Luis Felipe: representa una mujer con vestido de color violeta, que mostrando un libro en el cual se lee la palabra *Ama*, da la mano á un joven con traje encarnado, que lleva una cruz y mira al cielo. La futura emperatriz fijaba sin cesar la vista en aquella vidriera, cuya divisa *Ama* era para ella como una exhortación á amar al soberano que se disponía á darle tan alta prueba de su amor. Después de la misa, el emperador pasó revista á los guardias nacionales, á las tropas y á las corporaciones obreras. Hacía un tiempo magnífico, y aquello fué una prolongada ovación.

El 20 de diciembre hubo cacería en el bosque: se condujeron los caballos y los coches hasta delante de la fachada del parque, en la explanada donde se ven las estatuas de Ulises y de Philoctetes. El uniforme para las cacerías era, en

cuanto al traje y el sombrero, el mismo que el de los monteros de Luis XV, diferenciando tan sólo por el color. Al azul de rey con bordados de plata se había sustituido el verde oscuro de la librea imperial. Ningún bosque se presta mejor que el de Compiègne para las cacerías, con sus 14.859 hectáreas de terreno, sus ocho grandes caminos, que desembocan todos en el Pozo del Rey, sus 278 encrucijadas, sus 27 arroyos, sus 16 pantanos y sus 15 fuentes. El autor de un curioso libro titulado *Compiègne*, M. Lefebvre Saint-Ogán, ha escrito: «La gran cantidad de agua que el bosque contiene le distingue esencialmente, para el pintor, del de Fontainebleau, donde no hay ninguna. El aire seco de este último comunica al paisaje contornos más marcados y precisos. En Compiègne la atmósfera, cargada de humedad, le reviste de un brillo más suave; un vapor argentado que flota ante los ojos sombrea los bordes del objeto observado y refleja la luz con mucha intensidad.» La señorita de Montijo iba á caballo; jamás se había visto tan graciosa é intrépida amazona, y el emperador, que era á su vez un jinete tan elegante como atrevido, no se cansó de admirarla. Por la noche, á las ocho, la comida de las jaurías á la luz de las antorchas se dió en el patio de honor. Algunos lacayos, con gran librea y empolvada la cabeza, sostenían hachas.

El martes, 21 de diciembre, el emperador, acompañado de uno de sus ayudantes de campo, el general Canrobert, salió del palacio á las diez de la mañana en un coche de dos caballos, para ir á visitar los hospicios de la ciudad. Después de haber entrado en la capilla del hospital de los indigentes, para rezar una breve oración, fué á recorrer las salas de los enfermos y condecoró á la superiora, hermana Massin. No sin dificultades la santa religiosa se dejó poner sobre el pecho la recompensa de todos los servicios que había prestado en el hospital, dirigido por ella hacía muchos años.

En el hospicio de indigentes ocurrió una escena conmovedora. El emperador, avisado de que en aquel establecimiento se hallaba acogida una señora que había presenciado su bautizo en Fontainebleau, manifestó deseos de verla. Esta pobre mujer estaba achacosa y adelantábase penosamente, cuando el soberano, invitándola á no molestarse, se acercó á ella vivamente, estrechó su mano y la dirigió algunas palabras afectuosas.

El miércoles, 22 de diciembre, hubo una representación teatral en la sala de espectáculos del palacio. Situada en la extremidad del ala del Norte, cerca de la puerta Chapelle, en el terreno del antiguo juego de pelota, esta sala, en la que nada se ha cambiado actualmente, había sido construída por Luis Felipe para las fiestas del casamiento de su hija con el rey de los belgas. La representación del 22 de diciembre de 1852 fué la primera de las cuarenta y nueve que se dieron bajo el reinado de Napoleón III. Púsose en escena *Un hijo de familia*, comedia en tres actos de MM. Bayard y Bieville, siendo los principales actores Bressant, Lafontaine, Lesueur, Pristón y Rosa Chéri. El palco imperial, situado frente al escenario, puede contener más de ciento cincuenta personas.

El emperador, sus convidados y todos los individuos de su cuarto civil y

militar que estaban de servicio tomaron asiento en aquel palco. La belleza de la señorita de Montijo atraía todas las miradas. Los dos lados de la galería, á derecha é izquierda, separados del palco imperial por ligeros travesaños, se habían destinado exclusivamente para las damas. Algunos oficiales, hasta el grado de capitán inclusive, todos de uniforme, ocupaban la orquesta y la platea, habiéndose reservado para los oficiales superiores y las autoridades civiles el anfiteatro, situado entre la platea y el palco imperial, á dos metros bajo éste. Una línea de segundos palcos hallábase ocupada por la gente de servicio del castillo, y una segunda galería por invitados de la ciudad y de sus alrededores. Durante los entreactos, los espectadores de la orquesta, de la platea y del anfiteatro permanecían en pie, de frente al emperador, y varios lacayos de gran librea pasaban con helados, dulces y refrescos. La comedia y sus intérpretes obtuvieron verdadero éxito, y el emperador dió varias veces la señal de aplaudir. Al fin del espectáculo los actores cantaron varios *couplets*, compuestos por M. Lemoine-Montigny, director del Gimnasio; mas estos versos, titulados «El reposo de Francia,» distaban mucho de ser notables y sólo servían para dar á conocer muy bien el género de adulación de que entonces era objeto el nuevo soberano. El último *couplet*, cantado por Rosa Chéri, era un tributo á la memoria de la reina Hortensia y fué el que más conmovió al emperador.

El 23 de diciembre hubo segunda cacería en el bosque, no menos brillante que la primera. El emperador había tenido en un principio intención de no permanecer en el castillo de Compiègne más que cuatro días; pero estuvo once, y no volvió á las Tullerías hasta el 28 de diciembre. Para Napoleón III el gran atractivo de Compiègne había sido el placer de vivir bajo el mismo techo que la señorita de Montijo, de sentarse á la misma mesa que ella, de escuchar su conversación siempre tan viva y tan amena, de contemplar su radiante hermosura y de tratar de merecer su corazón. Por acostumbrado que estuviese á dominarse y á ocultar sus emociones bajo una expresión impasible, costábale mucho no dar rienda suelta á su pasión; y enamorado como un joven de veinte años, sentíase enternecido, subyugado y fascinado. No obstante, jamás salía de la más correcta reserva, y no dispensaba á la joven tan admirada por él ningún agasajo que pudiera ser contrario á la etiqueta. Los enemigos más encarnizados de Napoleón III no le han negado nunca los modales y sentimientos de un perfecto caballero. Su actitud durante aquella serie de Compiègne fué de todo punto irreprochable. Tal vez habría resuelto ya en su interior su proyecto de casamiento; pero ni la condesa de Montijo ni su propia hija sabían aún nada. Los cortesanos trataban á la encantadora española como á una extranjera de distinción, digna de todos los respetos, pero no como á una futura emperatriz. Los que hubieran creído que Napoleón III podía abrigar un instante la idea de obtener los favores de la señorita de Montijo por otro medio que no fuera el matrimonio, habrían conocido muy poco el carácter de aquella noble y altiva joven y el profundo respeto que el emperador la profesaba.

M. de Maupás ha referido en sus *Memorias del Segundo Imperio*, que durante aquella permanencia en Compiègne, en una hermosa mañana de otoño, el emperador, acompañado solamente de algunas personas, entre las cuales se hallaban la condesa de Montijo y su hija, se paseaba por el parque. «Los pequeños prados, añade M. de Maupás, estaban cubiertos de abundante rocío, y los rayos del sol comunicaban á todas las gotitas que aún brillaban en las hierbas reflejos y transparencias diamantinas. La señorita Eugenia de Montijo, cuyo carácter era en alto grado poético, complacíase en admirar los efectos caprichosos y mágicos de la luz, y había hecho notar particularmente una hoja de trébol sobrecargada de gotas de rocío de una manera tan graciosa, que parecía en realidad una verdadera joya caída de algún adorno. Terminado el paseo, el emperador llamó aparte al conde Bacciochi, que pocos instantes después marchaba á París y que regresó al día siguiente, portador de una rica alhaja, la cual figuraba un trébol en cada una de cuyas hojas veíase un magnífico diamante representando gotas de rocío. El conde había hecho imitar con rara perfección la hoja admirada la víspera por su futura soberana.»

Por la noche se hizo una lotería en el castillo, arreglándose la cosa de modo que el trébol tocase en suerte á la señorita de Montijo. En el pensamiento del emperador aquella alhaja equivalía á un anillo de boda; pero nadie, excepto él, daba aún este sentido al poético presente que la hermosa española acababa de recibir.

XLIV

LOS PRIMEROS DÍAS DE 1853

Napoleón III tomó definitivamente su resolución á principios de 1853. Los informes que sobre este punto ha dado el antiguo preceptor del príncipe imperial, M. Augusto Filón, parecen ser auténticos. En su obra titulada *Merimée y sus amigos*, dedicada á la emperatriz, ha escrito: «Desde una permanencia en Fontainebleau y otra en Compiègne — un testigo ocular es quien me lo afirma — se vió acrecentarse rápidamente el amor de Luis Napoleón; pero ¡había tantos interesados en combatirle! Y en el corazón del príncipe, la política y la razón de Estado se anteponían aún. No necesito referir el incidente ocurrido en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, en la noche del 31 de diciembre de 1852. El emperador se mostró aquella vez muy diferente del hombre que había dejado marchar á María Mancini.» Creemos que el incidente á que M. Filón alude es el que vamos á decir: Como la señorita de Montijo, que daba el brazo al coronel de Toulangeón, acertase á pasar por delante de la mujer de un alto funcionario, esta dama, en un arranque de mal humor, pronunció algunas palabras malsonantes. La señorita de Montijo, muy impresionada, se quejó á Napoleón III é hízole comprender que no podría permanecer más tiempo en una corte donde se la trataba así. «Yo la vengaré á usted,» contestó el emperador. Y al día siguiente la pidió en casamiento. La condesa y su hija vivían entonces en la plaza de Vendome, número 12, en un primer piso, muy cerca del hotel del Rhin, donde se alojaba Luis Napoleón cuando fué elegido presidente de la República. La plaza de Vendome les había deparado buena suerte á los dos.

El 3 de enero se celebró en París una ceremonia muy propia para conmover el corazón de la joven que el emperador iba á tomar por compañera. Muy católica, como casi todas las españolas, á la señorita de Montijo le complació mucho ver que la capital rendía tributo á Santa Genoveva, y la solemnidad, que coincidía con la demanda de casamiento hecha por el soberano, pareció de buen agüero á la futura emperatriz. A las nueve de la mañana, las reliquias de la Patrona de París salían con gran pompa de la iglesia metropolitana para atravesar los barrios más populosos de la capital é ir á ocupar de nuevo bajo las bóvedas del antiguo Panteón el sitio en que se hallaban en otro tiempo. La multitud se apiñaba piadosamente alrededor de la urna venerada; los obreros de París figuraban en mayoría en la basílica, y su presencia comunicaba á la ce-